

---

# MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIAS

# ANTIGUO TESTAMENTO

---

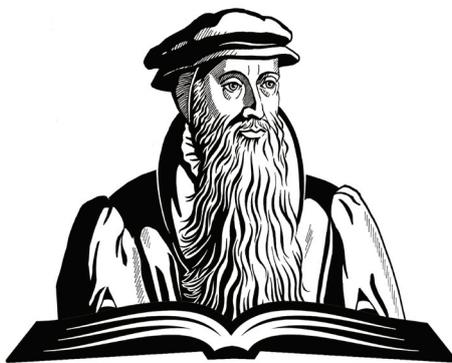
## Lección 40: La vara de Aarón florece

**113 LECCIONES**

PONENTES:

Mr. Daniel Van Brugge

Dr. Daniel Sweetman



**The John Knox Institute**  
of Higher Education

*Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo*

**Instituto de Educación Superior «John Knox»**

*Confianza nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo*

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la Versión Reina-Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: [www.johnknoxinstitute.org](http://www.johnknoxinstitute.org)

## *Lección 40*

---

# LA VARA DE AARÓN FLORECE

### TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 40

Bienvenidos a la siguiente lección de nuestra serie sobre la Historia de la Biblia del Antiguo Testamento. Esta lección se llama «La vara de Aarón florece». Puedes seguirlo en Números, capítulos del 15 al 20.

Recordarás que en nuestra última lección los israelitas ya casi estaban en la tierra prometida. Los espías habían salido a investigar. Sólo Caleb y Josué fueron fieles. El pueblo dudaba de Dios, dudaban de que recibirían esta tierra. No le creyeron a Dios, y ahora su castigo iba a ser que andarían errantes por el desierto, y aquellos que habían salido de Egipto nunca verían la tierra prometida.

¡Lloraron amargamente por esta noticia! Se levantaron por la mañana, y fueron a ver a Moisés: «Lo sentimos», dijeron, «Iremos a la tierra prometida, sabemos que hemos hecho mal, ¡lo sentimos Moisés!». Pero estas personas se arrepintieron del castigo que recibieron, no estaban arrepentidos de haber dudado de Dios. Moisés dijo: «Ya es demasiado tarde. Si intentan entrar a la Tierra Prometida, Dios no estará con ustedes». Pero el pueblo lo intentó de todos modos, trataron de entrar en contra de los cananeos y los amalecitas. Estos pueblos salieron contra ellos, los enfrentaron, y los ahuyentaron.

Estos israelitas regresaron al resto del pueblo de Israel de muy mal humor. Estaban molestos, molestos con Dios, molestos con Moisés y Aarón, molestos con Su castigo. Pero no estaban molestos consigo mismos. Se rebelaron contra Moisés, y contra su liderazgo. 250 de ellos vinieron en contra de Moisés y Aarón, diciéndoles que su liderazgo era muy pesado sobre ellos, y que no eran mejores que los demás. Por supuesto, Coré y sus hombres olvidaron cómo Moisés los había salvado. Se olvidaron de que fue Moisés quien había intercedido ante Dios. Porque Dios en dos ocasiones quiso matar a los israelitas, y empezar de nuevo con Moisés. Pero Moisés humildemente le suplicó a Dios que perdonara a Israel. Y Dios escuchó a Moisés, escuchó su oración por el pueblo.

Es sorprendente como Moisés fue paciente con estas personas. Él les dice: «Mañana, Dios responderá a este desafío, y les mostrará a quién ha elegido». Les repite su desafío a ellos. «Ustedes son los que se ponen cargas pesadas, hijos de Leví. Dios les ha dado una tarea para hacer, y ahora también están tratando de tomar el sacerdocio». Moisés llamó a otros dos hombres, Datán y Abiram, y les pidió que vengan a él para poder hablar. Pero estos hombres también eran muy rebeldes, y estaban enojados por tener que

volver al desierto. «Moisés, prometiste llevarnos a una tierra que fluye leche y miel, nos prometiste campos y viñas, pero no lo has cumplido. No iremos a ti, no te escucharemos más». Moisés suplicó a Dios que lo defendiera, porque nunca les había hecho nada a estos hombres.

Moisés dijo a Coré: «Mañana, asegúrate que tú y tus 250 hombres tengan un incensario con carbones encendidos con incienso. Aarón también tendrá un incensario con carbones e incienso. Dios te mostrará quién quiere que sea Su sacerdote». Al día siguiente, Coré y sus 250 hombres llegaron a la puerta del Tabernáculo. Y consiguieron que muchos de los israelitas vinieran, también. Esto demuestra el espíritu rebelde que había en el pueblo en general. De repente, la gloria del Señor apareció como una luz brillante y deslumbrante, visible para todos los que estaban allí.

El Señor les dice a Moisés y a Aarón: «Apartaos de entre esta congregación, para que los consuma en un momento». Moisés y Aarón oran fervientemente a Dios: «Oh Señor, por favor, ¿castigarás a todo este pueblo por el pecado de un solo hombre?». Luego Dios ordena a todos que se retiren de las tiendas de Coré, Datán y Abiram. Es un momento muy serio cuando vemos a Coré, Datán y Abiram con sus familias, frente a sus tiendas. El resto del pueblo retrocede. ¡Cuán solemne debe haber sido esto! La voz de Moisés se escucha claramente: «¡Si estos hombres mueren como los demás, sepan que el Señor no me ha enviado! Pero si el Señor hace algo nuevo, si la tierra se abre, y se traga a estos hombres, entonces estar convencidos de que estos hombres han pecado, y Dios los ha castigado».

Justo en ese momento, con un crujido estruendoso la tierra se abre, y Coré, Datán, Abiram, sus esposas, hijos, tiendas de campaña, y todas sus pertenencias fueron tragados por la tierra. ¡La gente estaba aterrorizada y huyó, pensando que ellos serían los siguientes! ¿Qué hay de esos 250 hombres que se rebelaron junto con Coré? Dios envió fuego desde el cielo, y los quemó.

Dios es justo en todos Sus juicios. Cada una de estas personas era culpable de rebelión. Incluso los hijos y las esposas de Coré, Datán y Abiram. Ellos también deben haber despreciado y odiado a Moisés. La peor parte de todo esto es que se estaban rebelando no sólo contra Moisés, sino también contra Dios.

Tristemente, estas personas ignoraron la evidencia clara y obvia de que Dios los estaba guiando. No había una explicación posible por su escape milagroso de Egipto, el pan del cielo, la provisión divina de la Ley en el Sinaí. No, este pueblo era rebelde porque al día siguiente, ¡el pueblo volvió a murmurar contra Moisés y Aarón!: «Ustedes han dado muerte al pueblo del Señor». Entonces, la gloria del Señor apareció nuevamente sobre el Tabernáculo. El Señor ordenó a Moisés y a Aarón que dejaran a este pueblo rebelde para que él pueda destruirlos. Pero Aarón y Moisés ruegan al Señor que no destruya a los israelitas.

El Señor había enviado una plaga para castigar al pueblo; y muchos están cayendo y muriendo. Moisés dijo a Aarón: «Ve rápido, toma un incensario, toma fuego santo del altar, y ponle incienso. Haz expiación por el pueblo porque la ira del Señor se ha manifestado». Aarón corrió para preparar el incensario, y se puso entre los vivos y los muertos, y la plaga se detuvo. Fueron 14,700 personas las que murieron en ese corto tiempo. Cada uno de ellos era culpable en su corazón de rebelión y desobediencia contra Dios.

El pueblo de Israel se había quejado tanto que Dios iba a demostrar claramente con un milagro que él quería que Aarón fuera el sacerdote. Dios le dijo a Moisés que le diga a todo Israel que el príncipe de cada tribu le traiga una vara a Moisés con su nombre escrito en ella. Aarón, siendo el príncipe de la tribu de Leví, tendría su nombre en la vara de la tribu de Leví. Todas ellas serían colocadas en el Lugar Santísimo frente al Arca del Pacto. Al día siguiente, Moisés volvió a llevar las varas al pueblo. Todas estaban iguales. Pero una de ellas había florecido, y tenía almendras. Este fue un milagro de Dios que mostró que era Aarón quien había sido elegido como sacerdote. A Moisés se le ordenó que pusiera esta vara en el Arca santa, junto a la vasija de maná, y las tablas de la Ley.

Aarón y sus hijos debían ser los sacerdotes de Dios para el pueblo. Los otros hombres de la tribu de Leví debían ser ayudantes en la obra del Tabernáculo. A ninguno de los israelitas se le permitió entrar al Tabernáculo. Este iba a ser el trabajo de los levitas, Ellos serán los que: quitarán las cenizas, lavarán las bandejas de plata, traerán leña para el altar. Sólo Aarón y sus dos hijos, los sacerdotes, podían entrar a la tienda del Tabernáculo. Allí encenderán el candelero de oro, quemarán el incienso sobre el altar del incienso, y volverán a poner el pan sobre la mesa. Ellos serán los únicos en ofrecer los sacrificios sobre el altar. Y a nadie, excepto al Sumo Sacerdote, se le permitirá entrar al Lugar Santísimo. Además, los sacerdotes y los levitas no recibirán tierras en herencia cuando entren a la tierra prometida. Habían recibido la tarea de ser sacerdotes de Dios. Dios era su herencia. Pero ellos recibirían parte de las ofrendas de los israelitas, y lo mejor del aceite, del vino y del trigo.

Israel fue impedido de entrar en Canaán por nada menos que Dios mismo. Ellos anduvieron errantes y llegan al desierto de Zin. María muere, y es enterrada aquí. En este desierto seco, el pueblo se quedó sin agua. Tuvieron sed, y nuevamente murmuran, y se quejaron ante Moisés y Aarón. Los culpan por sus problemas en lugar de reconocer que su propio pecado era la causa de esto. «¿Por qué nos trajiste aquí, Moisés, a este pésimo lugar? ¡No hay higos, ni uvas, ni una gota de agua!».

Moisés y Aarón se vuelven de nuevo a Dios. Moisés debe tomar su vara y hablarle a la peña, para que abundante agua fluya de esta peña. Moisés reúne al pueblo frente a esta peña. Y, en lugar del Moisés manso y humilde, ahora vemos a un Moisés enojado. Ya está harto de este pueblo que murmura y se queja. En lugar de hablar a la peña, como Dios se lo había mandado, les dice enojado al pueblo: «Oigan ahora, rebeldes. ¿Les

sacaremos agua de esta peña, de nuevo?» Y toma su vara, y golpea la peña dos veces. Un gran río de agua sale de la peña para la gente y sus animales.

Dios no está nada contento con la desobediencia de Moisés al haber golpeado la roca en lugar de hablar. Dios castigó a Moisés y Aarón por su incredulidad y desobediencia. Ninguno de ellos entraría en Canaán, sino que morirían en el desierto. ¡Qué lástima por Moisés! Después de guiar a este pueblo hasta aquí, no se le permitiría entrar a la tierra prometida.

El pueblo de Israel continúa errando por el desierto de Zin. Estaban cansados y desanimados, y tenían mucho tiempo para arrepentirse de sus acciones. Pero por agotados y desanimados que estuvieran, lo único que de verdad lamentaban eran sus pecados aquí, en el desierto de Zin. Meditaban acerca de su incredulidad y rebelión pasada. Muchos de ellos sabían que simplemente vagarían hasta morir. Ellos sabían que no iban a entrar.

Y a pesar de todo, Dios proveyó para ellos, y los guardó. Él hizo que tanto su ropa como su calzado no se desgasten. Todos los días tenían suficiente comida. Con el pasar de los años, las personas mayores morían, y los niños se hacían adultos. Dios continuó guiando al pueblo de Israel durante todos estos años. Y los llevó cerca de la tierra de Edom.

Ahora, recordarás que Edom era donde Esaú vivió después de separarse de su hermano Jacob. Los descendientes de Esaú son los edomitas y viven en este país de Edom. Moisés envía mensajeros al rey de Edom, y le dice: «Tu hermano Israel quiere pasar por tu tierra. ¿Has oído de los tiempos difíciles que hemos tenido? Por favor, déjanos pasar. No causaremos ningún problema». La desconfianza entre Esaú y Jacob vuelve a surgir, cientos de años después. Los edomitas les negaron el permiso, y tuvieron que hacer un viaje largo alrededor de Edom.

Y finalmente llegaron al monte Hor. Aarón en ese momento ya es muy anciano, y está próximo a morir. Moisés recibió instrucciones de llevar a Aarón, y a su hijo Eleazar, a este monte. Aquí, Aarón se quitaría sus vestiduras sacerdotales, y se las pondría a su hijo Eleazar. Aarón moriría en el monte Hor, porque había desobedecido el mandato de Dios en Cades. ¡Qué día tan triste! Muchas veces lo habían oído darles la bendición: «Jehová te bendiga y te guarde; Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti. Jehová alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz». Pero, ya nunca más lo oirían. En lo alto del monte, a vista de todo el pueblo Moisés toma las hermosas vestiduras del sumo sacerdote Aarón, y se las pone a su hijo Eleazar. Aarón murió, y Moisés y Eleazar regresaron al pueblo. El pueblo de Israel estuvo de duelo por Aarón durante treinta días.

A este punto de la lección, pensemos en algunas conexiones de lo que hemos visto con nuestra vida hoy. Primero, consideraremos lo que Dios hace, es decir, Él revela Su

gloria. Y segundo, consideraremos cómo Aarón, quien es una figura central en esta historia, es un retrato del futuro Mesías, el Señor Jesucristo.

Hay algo que ocurre varias veces en estos capítulos, tanto en esta lección como en la anterior. Aprendemos algo acerca de lo que Dios hace, y es que Él revela Su gloria. ¿Recuerdas en la última lección cuando el pueblo se rebeló contra Moisés y Aarón, y recogieron piedras para apedrearlos? La gloria del Señor apareció en el Tabernáculo, ante todo Israel. En respuesta a la oración de Moisés para que se perdonara al pueblo, Dios dijo: «Pero tan cierto como que vivo yo, toda la tierra será llena de la gloria del Señor». Cuando Coré se presentó frente al Tabernáculo con aquellos que se habían rebelado con él, la gloria del Señor apareció nuevamente. Al día siguiente, después de otra queja contra Moisés, una vez más, la gloria del Señor, apareció. En Números 20, poco después de la muerte de María, el pueblo volvió a enfadarse por la falta de agua. Y aquí también, la gloria del Señor apareció.

La gloria de Dios es lo que Él es. Es una de sus características santas. Sin embargo, aquí, en esta historia, varias veces se hace referencia a la gloria de Dios como una aparición de la brillante y divina majestad de Dios, y que Israel la reconoció como tal. El pueblo de Israel vio esta columna de nube y de fuego que los sacó de Egipto en el Éxodo. En el Sinaí, el Señor vino en una nube espesa sobre el monte. Después del Sinaí, esta nube de la gloria de Dios descansó sobre el Tabernáculo, y los guio en su viaje por el desierto. Con todas las tribus acampadas alrededor del Tabernáculo, esta nube de gloria es un recordatorio visible de que la presencia de Dios habita entre ellos. En nuestra historia esta nube está presente en sus rebeliones, y también cuando recibieron agua de la peña en Cades.

Dios reveló su gloria más tarde cuando Su Hijo vino a esta tierra. Lee Juan 1:14: «Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros; y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad». El Señor Jesucristo es la imagen de Su Padre. ¿Recuerdas cuando comenzamos esta serie del Antiguo Testamento? Uno de los primeros ejemplos que utilicé fue que el Antiguo Testamento es como un rompecabezas; y, cuando ese rompecabezas está completo, toda la imagen es visible. Y a través del Antiguo Testamento, Dios muestra más y más quién es Él, y lo que él hace. Esto se muestra perfectamente en la persona y obra del Señor Jesucristo.

Él revela perfectamente la gloria de Su Padre. El Señor Jesús mostró Su gloria en tantos milagros que realizó, y en las palabras que habló. Pero en Juan 13:31, el Señor habla de Sus propios sufrimientos y muerte, que en el momento en que sufriría mayor vergüenza y sufrimiento, Él sería más glorificado: «Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él». La santidad, la justicia, la gracia y la misericordia de Dios resplandecerían de la manera más perfecta. Entonces, esta historia nos da una imagen de lo que Dios hace en todo el Antiguo Testamento. Él revela gradualmente más y más quién es Él, y lo que él hace, hasta que Su gloria se muestre completamente en Su Hijo.

Aaron tiene un papel importante en esta historia, pero fue solo por un tiempo, porque él también muere. Su tiempo como Sumo Sacerdote llegó a su fin. Ningún Sumo Sacerdote podía esperar servir en su oficio para siempre. Consideremos ahora cómo Aarón es un retrato del futuro Mesías, el Señor Jesucristo.

Él es quien tiene un sacerdocio permanente. El Sumo Sacerdote, por supuesto, tenía que ser un hombre, un ser humano. El Señor Jesús es Dios y hombre, al mismo tiempo: «Por eso debía ser en todo semejante a los hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel Sumo Sacerdote en lo que concierne a Dios, para expiar los pecados del pueblo». Encontrarás eso en Hebreos 2:17.

En esta historia, la vara de Aarón que floreció fue colocada en el Arca del Pacto. ¡Eso es especial! Este fue un recordatorio visible para el pueblo de que Dios había escogido a Aarón. Dios también ha escogido especialmente a Su Hijo para hacer Su obra en la Tierra. Leamos Hebreos 5:4-6: «Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado de Dios, como lo fue Aarón. Así también Cristo no se glorificó a sí mismo haciéndose Sumo Sacerdote, sino el que le dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy; como también dice en otro lugar: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec». El Señor Jesús fue designado para esta tarea por Su Padre porque Él era el Hijo de Dios, y esto lo calificaba para este trabajo.

Y, finalmente, el trabajo de Aarón de llevar la sangre de los animales al Lugar Santísimo cada año, una y otra vez, eran sólo una imagen. La sangre de los machos cabríos realmente no satisfacían nada. Más bien, sólo representaban al sacrificio que se necesitaba. La obra del Señor Jesús como Sumo Sacerdote al ofrecer Su propia sangre, no la de los animales, fue real y completamente satisfactoria.

En esta lección hemos visto la repetida rebelión del pueblo, la repetida aparición de la gloria de Dios, y la confirmación de que Aarón es el Sumo Sacerdote designado por Dios. En nuestra próxima lección aprenderemos acerca de otro evento especial en el desierto: «La serpiente de bronce levantada».